

Me persigue como si fuera un perfume.

Es el peso de las malas decisiones.

Tal vez por estar confundido o por estar nervioso, o por darse cuenta que uno está, puede ser así de simple.

Salir del piloto automático muchas veces deviene en ese atolondramiento que se siente cuando algo nos importa mucho. Y una vez que está consumado es demasiado tarde, porque se activan otros mecanismos que no conozco, pero que duelen lo mismo.

Me persigue como cuando decís "vamos a vivir a Irlanda del Norte".

Existe un instante de seguridad que difícilmente se repita, pero que perdura si uno no se encarga de revisar constantemente sus procesos de razonamiento, precisos y obligatorios, hasta optar por la iniciativa.

Así de lamentable resulta la reflexión. Sucede azarosamente y siempre es demasiado tarde.

Pero bueno, qué sé yo, apenas tengo 12 años.

Irlanda del Norte está bien, claro: la economía, el verde césped, la cerveza en el *pub*, esa extraña paz en la tranquilidad excesiva, el adoquinado andar de los jubilados. Vivir en Irlanda del Norte *tiene sus pros y sus contras*, la expresión favorita de las personas que le ponen pausa a sus pensamientos iniciales. Hacen tiempo, el afán del ser humano de fabricar algo indefectiblemente fungible.

Igual eso es lo que yo creo que pasa en Irlanda del Norte.

Yo no vivo en Irlanda del Norte.

Vivo en Capilla del Monte, rodeado de montañas, árboles y extraterrestres.

Bueno, eso también es mentira, no vivo en Capilla.

Pero... el instante de seguridad, ¿no? Y posteriormente, el peso de las malas decisiones.

Me persigue.

Pareciera que el corazón se da cuenta cuando tenés las manos ensangrentadas. Acelera el paso para evitar ser capturado, quizás. O bien sólo es adrenalina y todo tiene una explicación química. Tener las manos rojas como afectadas, llenas de rabia, y las lágrimas secas, la respiración entrecortada... es muy real.

Ni hace falta que entrevere mi escrito en la definición de realidad, vayan a leer otra cosa. Si esto es la realidad, una equivocación puede perseguirme hasta que me muera y no estaría tan mal, puesto que en este sin sentido encapsulado en una moralidad cada día más dudosa y en una supuesta estabilidad cada día más juzgada... no estaría tan mal, la verdad. Porque tendría algo de qué preocuparme.

Tendría la excusa para "ser mejor", para reinventarme, delirio pandémico.

Me persigue, como esa película de terror que se llama "*It follows*" aunque, primero, no la vi y, segundo, la traducción exacta sería "*Te sigue*". Yo creo que se entiende lo que quiero explicar, es como si algo no te dejara dormir o comer, o pensar en otra cosa.

El mero acto de pensar se conforma en el arma de lo que te persigue.

Está claro que uno es el objeto, etimológicamente uno es el objeto, ¿estamos de acuerdo? Y la acción es ininterrumpida. No claudica. De verdad, no es un recurso literario. El pensamiento es su herramienta: lo utiliza para materializarse, deja de ser una sensación etérea de intranquilidad para transformarse en un pinchazo subjetivo de malicia intencionada.

Por eso cuando estás pensando en otra cosa... eso vuelve. Lo malo, vuelve. Es perverso. Vuelve súbitamente, te amarga y se queda un rato largo merodeando en tu cabeza, afectando la más mínima decisión: "¿Doblo a la izquierda?... ¿Si lo matara alguien notaría su ausencia?"

Yo no maté a nadie.

Me *stalkea* recordándome que la filantropía puede tener desenlaces indeseados, que a veces ser un poco egoísta no es condenable. Me lo refriega en la cara, como si ya no lo supiera. A veces, contradicción terrenal, nos equivocamos a propósito, a sabiendas que no representa "*lo mejor*" para uno.

Perdónenme si hago la suma en voz alta: la seguridad instantánea más el peso de las malas decisiones igual a yo no maté a nadie, qué mierda me mirás.

Las manos ensangrentadas, entonces. La oscuridad y el silencio, el tiempo detenido, el peso muerto.

Deprime como el derrotero de un currículum vitae. Es tan absurdo que cuando logras enterrarlo en el sótano del cerebro, acaso esconderlo de unas ficticias linternas... estalla.

Me acecha como si yo fuera Raskólnikov. Conozco muy bien el castigo, es esto que me pasa sin dudas. ¿Pero cuál es el crimen? ¿De qué se me acusa? ¿O hicieron un combo -alguna deidad que todo lo ve y todo lo sabe y tiene la potestad de señalar el bien y el mal, lo llevó al consorcio de las deidades que todo lo ven y todo lo saben y tienen etcétera y dijeron "*dale para adelante*"- y pasaron la factura por el pozo acumulado?

Me persigue.

Suena el despertador y mi mamá me apura, me arroja encima la ropa, "dale que llegás tarde", el jean colabora para que no me encandile tanto la luz que acaba de prender, la prueba irrefutable de que la noche terminó.

Confirmación de la culpa, erosión de la mente, en loop infinito.

El peso de las malas decisiones me persigue hasta el lecho de muerte, dándole sentido a las horas.